

J&B

por Magdalena Viana
2º año Letras

Tomó el vaso por última vez, temblando. Lo había decidido: se despedía para siempre.

Sorbió el whisky, lo disfrutó un rato, paladeándolo, jugando con él en su boca, chasqueando la lengua. Se dio cuenta de que había dejado de ser un placer, y en cierta forma, tomó conciencia de su enfermedad.

Esta vez sí, se dijo.

Tantos años aferrada al gotero... Pero ella sentía que seguía siendo esencialmente la misma. Ella lo sabía, aunque los demás, desubicados, le endilgaban culpas ingobernables.

Cuando empezó, lo que más le atraía de la bebida era esa música especial que producían los hielos al chocar entre sí. Esto le recordaba algo que había escuchado una vez: lo que atrae en realidad al fumador es el humo, no el gusto del cigarrillo. A ella le pasaba eso con el whisky y con el hielo, lo atractivo era esa especie de música celestial que creía oír.

Con el tiempo, abandonó el hielo. Se excusó a sí misma, diciendo que lo único que lograba con los cubitos era aguar la bebida. La realidad era distinta: esa especie de demonio que tenía en su interior le pedía alcohol puro, sin nada que lo rebajara.

Obviamente, le gustaba el escocés. El J&B más que ningún otro. Pero el nacional era mucho más barato.

Del J&B le gustaba que no tuviera ese molesto gotero que tienen todas las demás marcas.

Gracias a su bamboleante situación financiera, tenía que conformarse con el nacional, con gotero. Encontró la solución al leer una novela de Abelardo Castillo *-El que tiene sed-*. Allí, el protagonista rompía el cuello de la botella para no tener que aguantar esa espera interminable, hasta que el vaso se llena. Sara (ese era su nombre) empezó a hacerlo sistemáticamente.

(Comenzó a tomar, de vez en cuando, a los

dieciocho años. Le gustaba, sentía que el alcohol le aguzaba los sentidos. No tomaba para desinhibirse, sino por placer. Al menos, al principio).

No le importaba la gente. Decían muchas estupideces sin otro motivo que la envidia. Sara era una de las bellezas de su pueblo, además de ser una de las más brillantes de su generación. Era un excelente blanco para todos los mediocres de la alta sociedad pueblerina a la que ella, a su pesar, pertenecía. Todo vale, en pos del tonto placer de difamar. Los grupos más aristocráticos de la ciudad decían en voz baja que era una borracha. Comentaban supuestos escándalos, escenas de violencia nunca confirmadas.

Que digan lo que quieran, pensaba Sara. Mi funcionamiento es perfecto. Así. Borracha.

(Empezaba a tomar por la mañana, ni bien se levantaba. Siempre sentía sed. Una sed profunda, incalmable. Nunca lograba aplacarla del todo; crecía como una bola de nieve a medida que tomaba más y más).

Le encantaba tomar brindando por su vida.

Su vida... una sucesión de tragedias. Se casó joven y enamorada. Su matrimonio fue idílico desde el comienzo hasta el abrupto fin. Su esposo e hijo murieron en un accidente de auto. Sara se salvó (¿?), y estuvo internada por seis meses en una clínica. Al salir, retomó con mucho ahínco su carrera alcohólica. Sintió que su sed se había intensificado.

(Al poco tiempo, conoció a otro hombre. Se casaron, sin poner demasiadas expectativas en ese matrimonio. Tuvieron una hija, Iris. Al año de nacer la beba, se separaron. Irreconciliables diferencias.

Iris quedó a cargo de ella. Iris sufrió por Sara, se vio arrastrada por el torbellino de violencia y pasión que era su madre. Desde su in-

fancia, cultivó con mucho esmero y dedicación un odio a veces más fuerte que el amor que las unía. Era un odio despiadado, irracional. Un odio inconmensurable. Odio desgarrador).

Tomó el vaso por última vez, y sintió asco por sí misma. Afuera llovía, y ella comparó esa lluvia que caía, ineludible, con su propia lluvia interior de alcohol barato. Miró a su alrededor, y encontró ruinas. Se miró al espejo, y no reconoció la imagen desfigurada que le devolvió: vio un demonio con la cara surcada por dolores nunca llorados. Por primera vez en mucho tiempo, lloró. Y sus lágrimas sabían a whisky. Entonces comprendió que en algún litro, se había ahogado. Por eso, lloró aún más: por sus afectos perdidos. Lloró por su otredad.

Decidió terminar con su ceremonia pagana, y tomó su último trago. Luego, encendió un cigarrillo, y lo fumó, aspirando el humo con placer. Cuando lo apagó, decidió llamar a Iris, su único afecto. "Sólo por hoy", pensó.

Su hija se acercó, sin intentar disimular el cúmulo de sensaciones horribles que le provocaba el verla semiborracha (un trago bastaba para que Sara estuviera completamente ebria). La miró, con una mirada fría, de reptil. El olor agrio de la transpiración de Sara la descomponía, su aliento fétido la ahuyentaba. Sentía un rechazo visceral hacia su madre. Quería cerrar los ojos, para volver a abrirlos y no encontrar rastros de la decadente Sara Inchausti.

Sus rencorosas cavilaciones se vieron interrumpidas cuando escuchó que su madre le hablaba.

—¿Te acordás de *Canción tonta*, hija?

—No. No tengo idea de lo que estás diciendo.

—*Canción tonta*, Iris. La recitábamos cuando eras chiquitita. Yo decía la parte de la madre, vos contestabas la de la hija. Es de Federico García Lorca.

—No me acuerdo. ¿Algo más?

Y su madre comenzó a susurrar:

Mamá,

quiero ser de plata

Hijo,

tendrás mucho frío

Mamá,

quiero ser de agua

Hijo,

tendrás mucho frío.

Mamá,

bórdame en tu almohada.

Eso sí, ahora mismo.

Se escuchó un portazo. Iris había huido. Como siempre.

Y Sara se echó a llorar otra vez. Su hija la había rechazado. De vuelta. Sólo por hoy...

Retornó a su vorágine alcohólica. Por última vez. La definitiva. Decidió morir ahogada en alcohol. Dejar de ser, nadar para siempre en medio de un tormentoso océano etílico.

Cuando Iris volvió a su casa, unas horas más tarde, se sorprendió por la sospechosa calma que reinaba. Deambuló por todas las habitaciones, esperando oír los habituales tropezones de Sara. No escuchó nada. Algo raro estaba pasando.

Un extraño impulso la movió a entrar en el cuarto de su madre.

El espectáculo que se vio obligada a contemplar era espantoso. Su madre, Sara Inchausti, acostada en la cama, sobre una montaña de fotos suyas. Su boca estaba abierta, un hilo de sangre seca cruzaba su rostro, mientras que sus ojos, abiertos también, la miraban desconcertados, desencajados.

Iris comenzó a llorar desconsoladamente. Se sintió abandonada. Su único ser amado la había dejado para siempre. Comprendió que ambas habían estado viviendo regidas por falsas premisas.

Se obligó a dejar de llorar. Se secó las lágrimas y fue a su cuarto. Miró, distraídamente, a su alrededor, mientras pensaba qué hacer. Tenía que irse.

Armó una mochila con unas pocas cosas básicas y se fue. Para siempre.